



Distirak#5

Ohiane Iraguen

Decirnos algo.

Siempre me pregunto por qué la gente hace lo que hace. Esto entendido como algo en movimiento, pensando en acciones, que relaciono (casi) siempre con el cuerpo y de lo que él se desprende. En la sesión de KINU con Imogen Stidworthy se me quedó grabada una de las frases que dijo la artista: *“Una voz no es algo que tengo, es algo que hago”*.

En este taller-seminario hicimos un par de ejercicios propuestos por la artista, uno de ellos era sacar la voz mediante únicamente un sonido. Evitando la palabra y tratando de solapar una voz con otra, intentamos gestionar las diferentes variaciones sonoras de los cuerpos de cada una. Las reacciones fueron diversas. En mi caso, me quedé callada, sólo en la escucha. El hecho de emitir un sonido me hacía imposible escuchar el del resto y manifestaba cierto carácter intrusivo y quizás voyeurista (desconozco el adjetivo únicamente para la escucha) de la voz. Mi silencio me permitía también atender a la experiencia auditiva que se proyectaba de cada una. Fue curioso atender a una especie de síntesis de ruido blanco casi gutural y enfatizar la escisión propia de la voz; emitir un sonido sin significado, fuera de la lingüística, y sacarlo de dentro sin apenas mover la boca (allí donde se origine).

Stidworthy mostró gran parte de sus trabajos, pero también puso sobre la mesa conceptos, ideas y diferentes acercamientos teóricos sobre la voz, entre ellos una cita de Beckett:

“...perhaps that’s what I am, the thing that divides the world in two, on the one side the outside, on the other the inside, that can be as thin as foil, I’m neither one side nor the other, I’m in the middle, I’m the partition, I’ve two surfaces and no thickness, perhaps that’s what I fell, myself vibrating, I’m the tympanum, on the one hand the mind on the other the world, I don’t belong to either, it’s not to me they’re talking, it’s not of me they’re talking”¹.

¹ Samuel Beckett (1979). The unnamable. The Beckett Trilogy. p. 352.

Beckett se refiere a la voz como algo que al hacerse se separa del cuerpo y de la misma forma se revela, algo que va más allá del sentido y del significado de las palabras que porta, algo que se abre en diferentes vías y dice más de sí que la propia retórica que funda. Como decía Labelle², al escuchar una voz nos abre la posibilidad de movernos y oscilar (como el propio sonido) entre el saber y el sentir. La voz no tiene grosor, es algo a la vez ajeno e intrínseco al cuerpo, tiene su propio tono, su timbre, su acento (su cantar), y todos los derivados del análisis formal de un sonido, así mismo se envuelve en el constructo de lo cultural y expone la propia subjetividad. El habla es un hecho irreversible. Una vez la voz salida del cuerpo nos revela y nos interpela. La voz se escucha y nos requiere en ese acto. Desde el ámbito de lo relacional, sacar la voz es aparecer, y muchas veces no sacarla, la ausencia, nos revela su propia presencia. Al fin y al cabo, la voz pone cuerpos y afectos en acción.

Stidworthy habló de varios trabajos. En uno de ellos, [(.)] (2011-2012)“(.)”, el lingüista Sacha Van Loo, un analista de voz de Antwerp, invidente de nacimiento, analiza e investiga los testimonios telefónicos de los ciudadanos para la policía. Van Loo usa la ecolocalización para guiarse a sí mismo, para leer e interpretar diferentes espacios y voces a partir de grabaciones acústicas. El timbre de la voz, la marca concreta de una moto que arranca, un coche que pasa o una nevera que vibra, todo aquello que queda al fondo de una grabación, todos esos ruidos de fondo son lo que Van Loo busca y puede descifrar. Él puede reconstruir los espacios y condiciones en las que se ha dado la grabación que escucha, aportando indicios y pistas que permiten a la policía avance en sus investigaciones. En esta obra la artista utiliza diferentes piezas audiovisuales para colocarnos en la escucha de Van Loo, con el fin de acceder a su experiencia auditiva, donde su interpretación va más allá de la denominada «prisión del lenguaje».

El trabajo de Van Loo me recuerda a la experiencia de la escucha acusmática, donde se escucha sin conocer la fuente que origina el sonido, se escuchan voces sin cuerpos, sonidos sin causalidad. El deseo y el significado median en este tipo de escucha. En la escucha acusmática nuestra experiencia sonora condiciona el camino de ir más allá de lo escuchado y, la acción sonora desborda el cuerpo y su aparente deseo de decir. La voz escuchada nunca pertenece (del todo) a su cuerpo, es aquí donde la acusmática enfatiza el aspecto psíquico, donde la presencia se habita con un delay propio. Muchas veces al analizar la escucha se recurre al término “esquizofonía”, donde “esquizo” significa escindir o separar y fono alude a la voz y aquí se muestra la separación entre lo escuchado o un sonido originado y su retransmisión.

“I turn to the other, with a voice shaped by this other one: I speak in order to locate myself near you³”.

² Brandon Labelle (2018). Sonic Agency. Sound and Emergent forms of resistance”. Goldsmiths Press p. 65.

³ Brandon Labelle (2014). Lexicon of the mouth, Ed. Bloomsbury academic, London. p.3.



Instalación de Iris a Fragment en Azkuna Zentroa (2021)

La textura de la que se compone la voz es la de la intimidad hecha sonido, hecha exterior, un hecho sonoro portador de palabras, irreversible y con cierta voluntad de decir algo sobre algo. Desde el deseo de decir, como apuntaba Jane Bennett, somos materia vibrante, con deseos de entrar en resonancia, de hacer vibrar. Dos superficies y ambas refractarias, decir y decirnos nunca es efectivo, en todo caso (y afortunadamente) pertenece a lo afectivo, se (nos) delata y se (nos) revela una y otra vez. En la ceguera, la acusmática, las opacidades tecnológicas y todo lo que puede ocultar la fuente que origina una voz siempre hay un delay; desde el pensamiento a la palabra, de la palabra a la voz, de la voz al cuerpo... en este tiempo en diferido entra en juego la (des)aparición del cuerpo, queremos ver que la voz es una voz de alguien, un sonido de algo... queremos “ver” que ese sonido “existe” (aparece, se coloca, toma cuerpo, no puede sostenerse en la nada). Como decía Irigaray, todo sonido puede existir, aparecer sin la imposición de la forma, emerge el sonido más allá de la palabra, del cuerpo, del código y del contorno. Es decir, la voz, lo sonoro, se movería en intersticios entre el aparecer y el mantenerse invisible, entre la acusmatización y la desacusmatización.

“No hay ninguna verdad en nuestros labios. Todo puede existir. Todo merece ser intercambiado, sin privilegio ni rechazo. Todo se intercambia, pero sin comercio- ¿Cómo decirlo? El lenguaje que conocemos es tan limitado... Habla sin embargo. Entre nosotras se impone “lo duro”. Conocemos suficientemente los contornos de nuestros cuerpos para amar la fluidez”⁴.

⁴ Irigaray, Luce (1999). Ser dos. Ed. Paidós. Madrid. p41